

Federico Jeanmaire
Darwin o el origen
de la vejez

Alianza editorial



El Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones está convocado por la Fundación Unicaja.

Un jurado formado por Lola Larumbe, Juan José Téllez, Rafael Muñoz, Javier Vela y Valeria Ciompi otorgó a *Darwin o el origen de la vejez* el XXII Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones.

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía del autor: © Juan Guy Jeanmaire

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Federico Jeanmaire, 2022
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-732-8
Depósito legal: M. 3.118-2022
Printed in Spain

«El hecho de que los otros miembros del orden de los primates, al que pertenece el hombre, aunque habitando diversas regiones tórridas están muy cubiertos de pelos, sobre todo en la parte exterior, contradice abiertamente la hipótesis de que el hombre haya perdido la vellosidad general por la acción del sol. Por lo tanto, en vista de estos hechos, estoy dispuesto a creer que, conforme veremos a propósito de la selección sexual, el hombre, o mejor, la mujer primitiva, ha debido despojarse de sus pelos con algún objeto de ornamentación.»

Charles Darwin, *El origen del hombre*

Baltra/Santa Cruz

No hay tortugas en Galápagos. Ni de las gigantes ni de las otras: las ordinarias, las más pequeñas. O al menos no las veo durante el corto trayecto que hago en un incómodo autobús que me lleva desde el aeropuerto de Baltra hasta el canal de Itabaca. Tampoco veo ninguna tortuga desde la cubierta del ferry que me cruza a la isla de Santa Cruz ni en el apenas algo más confortable autobús que por dos dólares me transporta los cuarenta y pocos kilómetros que separan el canal de la escasa ciudad de Puerto Ayora.

No veo ninguna, Rut.

Juro que no.

Lo que sí alcanzo a observar, en cambio, son un par de carteles que exigen del chofer cierta precaución ante el posible paso de tortugas. Precaución que, por supuesto, el chofer del autobús no atiende disminuyendo la velocidad.

Y pájaros.

Veo pájaros.

Hacia donde mire, encuentro pájaros. Muchos. Por todos lados. Incontables. Ergo, argumentaría un apurado Borges de improbable visita en las islas, si no puedo contarlos y alguien que no sea yo puede concebir su número exacto, Dios existe.

Darwin, por el contrario, no pensaba en Dios a la hora de mirar hacia el cielo: llevaba la cuenta precisa de los pájaros que asesinaba por deporte durante los meses de verano que pasaba en Woodhouse. Un día, narra en las memorias que escribe hacia el final de su vida, mientras cazaba junto al capitán Owen y su primo el mayor Hill, más tarde lord Berwick, experimentó la sensación de haber sido tratado ignominiosamente pues cada vez que disparaba y creía haber derribado un pájaro, alguno de los dos simulaba cargar su escopeta y le avisaba que no debía sumarlo porque él había disparado al mismo tiempo y el guardabosques, percatándose de la broma, les daba la razón.

Más tarde le contaron la burla.

Aunque nunca la perdonó.

Había cazado un gran número de pájaros aquel día, pero, lamentablemente, no sabía la cantidad, por lo que no podía añadirlos a la escrupulosa lista que confeccionaba haciendo nudos en el trozo de cuerda que llevaba atado al ojal. Siguiendo el razonamiento borgeano, entonces, para aquel joven que más tarde se convertiría en el más notable naturalista del siglo XIX, Dios sólo podría existir a partir de una broma. O su existencia, mejor, sería el resultado de una broma humana.

Dicen bastante sobre Darwin, los pájaros.

Y también sobre Borges.

Sin embargo, no creo que digan demasiado acerca de mí. Quizá sí o quizá no. Algo sospecho, de todos modos. Estoy acostumbrado a que la memoria, la mía, siempre tan precaria, tan pobre, recuerde nada de aquello que no tiene sentido recordar. Absolutamente nada. Tampoco demasiado de lo que tendría sentido, a decir verdad. Por eso es que algo

sospecho. Aunque, claro, no tenga la menor idea de hacia dónde dirigir las sospechas de lo que he pensado acerca de Dios o acerca de cualquier otro asunto, mientras descubro, aquella mañana, una incontable cantidad de pájaros desde la ventanilla del autobús.

Darwin llega a la isla de Chatham, hoy San Cristóbal, el 15 de septiembre de 1835. Llega en un barco, el Beagle, casi cuatro años después de su partida desde Devonport, Inglaterra. Y tarda todavía dos días más en desembarcar.

Eran otros tiempos.

Y él mismo era otro hombre del que sería luego, también.

El que desembarca en las islas de los Galápagos es un hombre joven, repleto de preguntas y de ilusiones, tan diferente a aquel otro hombre que, hacia el final de su vida, escribe para sus hijos una suerte de amoroso y monótono legado en forma de memorias. A mí, el autobús me deja justo frente al muelle del puerto, en el centro neurálgico de la pequeña ciudad. Camino por la avenida que bordea el mar en busca de un hotel. La avenida se llama Charles Darwin, por supuesto. Entro en varios, pero ninguno termina de convencerme. Hasta que, por fin, me decido por uno, Lobo de mar, en el que, desde la terraza que está junto a mi inminente habitación, se alcanza a ver la bahía en toda su extensión.

Estoy cansado.

He tenido que hacer dos trasbordos de avión, uno en Lima y el otro en Quito, quince horas de viaje en total.

Y me parece mucho. Demasiado. Me pregunto qué hace Darwin durante los dos días que le lleva a la tripulación del Beagle desembarcar en San Cristóbal. ¿Está cansado? ¿Se aburre? No escribe nada en su diario acerca de ese tiempo muerto. Lo entiendo perfectamente, tampoco yo podría escribir tres palabras seguidas acerca de las varias horas que he debido esperar en el aeropuerto de Quito para tomar el último de los aviones.

¿Ha cambiado la percepción humana del tiempo en los casi dos siglos que separan su llegada a las islas de los Galápagos de la mía?

Se me ocurre que sí, que ha cambiado.

Recuerdo, mientras observo la bahía desde la terraza del hotel, que Darwin dedica un montón de horas, durante su estancia en las islas, a perseguir tortugas para decidir que pueden recorrer hasta nueve kilómetros por día en busca de agua dulce. Le sobra el tiempo, me da la impresión. Y enseguida me pregunto, para mis adentros y muy seriamente, si alguna vez he sentido que el tiempo me sobrara.

Me respondo que no.

Me respondo que nunca.

Los pelícanos, estacionados sobre las rocas volcánicas que bordean el mar, apenas se mueven. Simulan no estar allí en donde están hasta el exacto instante en que descubren a su presa. Entonces, empujan apenas las alas y se lanzan como rayos, con su largo pico como estandarte, a la pesca. A los pocos segundos emergen, terminan de guardar lo pescado dentro de los pliegues de sus buches, tiemblan para desprender el exceso de agua de sus cuerpos y vuelven a quedarse tan estáticos como lo estaban antes de la cacería.

Esperan.

Y se me ocurre, mirándolos esperar confundidos entre las rocas, que aunque jamás yo haya sentido que el tiempo me sobrara, he pasado buena parte de mi vida esperando.

Tantas cosas.

He esperado el amor, por ejemplo.

Y cada tanto, muy de vez en cuando, reconozco haberlo encontrado. No recuerdo haber intentado contar los pájaros del cielo ni recuerdo haber pretendido matarlos. Para bien o para mal, nunca me ha interesado la existencia o inexistencia de Dios. Pero sí me importó el amor.

Y el mundo.

También he sabido esperar a que el mundo cambie.

En vano, lo he esperado. Casi todos los días de mi vida he esperado que modificaran sus conductas los seres humanos que habitan el mundo. Hasta que, un día cualquiera, me cansé de esperar.

He esperado el amor y he esperado por un mundo distinto. Igual a como los pelícanos esperan por su comida a orillas del océano. Aunque sin tanta suerte, infelizmente.

Me ducho y salgo a pasear.

Para no seguir envidiando los buches llenos, es que me ducho y salgo a pasear.

Llego hasta el extremo oeste de la avenida Charles Darwin, pido una cerveza en un bar y aprovecho para preguntarle al amable señor que me atiende en dónde es que puedo encontrar a las tortugas gigantes. Me dice que lo mejor es que tome un taxi hasta El Chato, que ahí voy a encontrarlas, y que, de paso, aproveche para visitar Los Gemelos. Me explica que Los Gemelos no son cráteres de volcanes aunque las islas estén repletas de cráteres de volcanes. Me pide que no me confunda, que por favor, que Los Gemelos son pozos, agujeros profundos que se han formado a lo largo de los siglos por el hundimiento natural del terreno.

Le creo.

Es muy convincente.

También le aseguro que mañana temprano haré aquello que me ha recomendado y que, más tarde, esa misma noche, volveré, no para probar el delicioso atún a la plancha que

promete una pizarra que está ubicada en la entrada de su local, que no, que si tiene con qué, preferiría una buena ensalada, que sólo me alimento de vegetales.

Darwin desciende en Charles, hoy Floreana, el 23 de septiembre. Esta es la única de las islas en la que vive gente por aquel entonces. Tiene, según cuenta, entre doscientos y trescientos habitantes. Casi todos proscriptos políticos ecuatorianos que han sido enviados allí a modo de castigo unos pocos años antes. Y si bien en los bosques que se sitúan a más de trescientos metros de altura, en el centro de la isla, hay jabalíes y hay cabras, su alimento básico lo constituye la carne de las tortugas. Además de ser, por lejos, lo más fácil de cazar, les encanta comer la carne de las tortugas. Las asan utilizando como recipiente el propio caparazón, así como los gauchos, que unos meses antes ha visto en la pampa argentina, asan a las vacas sobre sus propios cueros. De ahí que la población de estos enormes reptiles haya disminuido tan abruptamente, según le confiesan, al momento de su arribo. Con anterioridad, le comentan, en un solo día y por las playas, podían llegar a cazarse hasta doscientas de ellas. Y había barcos que, sin demasiado esfuerzo, se llevaban de a setecientas.

La ensalada que me ha preparado mi nuevo amigo no es tan deliciosa como prometía su atún.

Para nada.

Ha hecho lo que ha podido, se queja cuando me quejo, y agrega que allí sólo acostumbran comer aquello que les regala el mar. Asegura haberse esmerado, haberla hecho con todo lo que consiguió en el mercado. De cualquier modo, y aunque no me guste nada que haya utilizado el verbo regalar para referirse a una tarea tan odiosa como la pesca, me siento extrañamente feliz: estoy convencido de que a los viajeros que arriben a las islas dentro de casi dos siglos, o quizá menos, les encantará saber que esta noche, gracias a mi inquebrantable decisión de no comerme a otros animales, un simpático atún salvó su vida.

El Chato es una suerte de campo de concentración de tortugas diseñado para el disfrute de los turistas. Hay que pagar cinco dólares para ingresar, calzarse unas botas de caucho que llegan hasta las rodillas y caminar un circuito de lodo preestablecido de un kilómetro de largo, más o menos, en el que finalmente puedo ver decenas de ellas chapoteando sobre charcos de agua marrón.

Son enormes.

En verdad, son enormes.

Y no me hacen el menor caso. Tranquilas, ignoran por completo mi presencia. Ni los machos gritan ni las hembras esconden sus cabezas y sus extremidades dentro de los caparazones como le ocurre a Darwin cuando se las encuentra casualmente en Floreana. La gente que se mueve en sus alrededores ha cambiado, en dos siglos. Sin lugar a dudas. Las tortugas ya no temen por sus vidas ante la cercanía de los seres humanos. Y los seres humanos, en este caso yo mismo más una pareja de holandeses que me acompañan en la travesía, no pretendemos comerlas sino que disfrutamos tan sólo de observarlas, aunque, de a ratos, por lo menos a mí, no sé a los holandeses, me haga un poco de ruido tener que encontrarlas así, en cautiverio y sólo a partir de haber paga-

do unos módicos cinco dólares. Se me ocurre que, si bien la gente ha cambiado en estos dos siglos, no lo ha hecho lo suficiente como para dejar que las tortugas vuelvan a caminar en libertad, una vez al mes como lo hacían en la época de Darwin, los varios kilómetros diarios que caminaban en busca de agua dulce.

De inmediato, decido dejar de pensar en el asunto.

Me hace daño y me conozco.

Me quito las botas con alguna dificultad. La típica complicación de viajar sin compañía: los holandeses, ayudándose entre sí, se las arreglan bastante mejor que yo. Cómo te necesitaría conmigo, Rut. Cuánto. De cualquier modo, tiro de ellas con toda la soledad de mis fuerzas hasta que por fin consigo sacármelas y enseguida el taxi me lleva hasta Los Gemelos. Llovizna. Llovizna desde que he llegado, hace ya un par de horas, hasta las cercanías de El Chato. Y esto sí permanece inalterable desde los tiempos de Darwin: a más de trescientos metros de altura, la llovizna es constante en cualquiera de las islas, al menos en esta época, finales de julio. Algo, al menos, ha quedado intacto. Se ve que los seres humanos no hemos logrado, todavía, acabar con esa llovizna pertinaz.

Tal como me ha informado mi nuevo amigo, Los Gemelos son dos depresiones profundas en el terreno.

Aunque no entiendo qué tienen de interesante.

Puede que para los isleños, acostumbrados como están a observar por todas partes cráteres sin ninguna vegetación, estas honduras verdes constituyan una maravilla digna de apreciarse. Pero no para un turista. Nunca para un turista que llega desde la pampa argentina. Un turista pampeano cabal siempre va a preferir los cráteres que no tiene la menor posibilidad de encontrar en su lugar de procedencia.

Vuelvo rápido al taxi, entonces.

Malhumorado.

No tengo ninguna gana de seguir mojándome para nada en los bordes mismos de la nada. Y en el taxi me espera una agradable sorpresa que no formaba parte del arreglo previo. Una sorpresa que está incluida dentro de los cincuenta dólares pactados para el paseo, según me advierte el chofer seguramente con la intención de que mi manifiesto malhumor no se incremente y, casi de inmediato, a unos escasos cientos de metros, detiene el coche, señala con su dedo índice un enorme agujero abierto en la piedra y me comunica que allí tengo la entrada a un túnel que ha perforado la lava en tiempos inmemoriales. Me suplica que ingrese, me dice que vale la pena, que no me lo pierda y que, por favor, no me preocupe, que él estará esperándome a la salida.

Vale la pena.

De verdad.

Charles Darwin no gasta una sola palabra en su diario acerca de este túnel. Aunque, indudablemente, ahí estaba mientras él perseguía galápagos o contaba pájaros. La isla de Santa Cruz llevaba por nombre Indefatigable, para los británicos del siglo XIX, y no estaba habitada por seres humanos. Con toda seguridad, el túnel todavía no había sido descubierto por el hombre y ningún simpático taxista pudo avisarle de su existencia. Se lo perdió, Rut. Resulta del todo imposible aceptar que, de haberse introducido dentro de él, no hubiera escrito nada sobre tamaña experiencia.

El túnel tiene diferentes alturas y diferentes grosores.

Impresiona.

Sobre todo, impresiona unos metros antes de llegar a su final. Allí se hace sumamente estrecho, una suerte de cuello

de botella mínimo y hay que tirarse al piso y arrastrarse un par de metros para poder pasar. El hueco representa la exacta medida de cualquiera de las tortugas adultas que acabo de encontrar en el campo de concentración de El Chato. Y no creo que se trate de una casualidad. No me cuesta nada deducir, mientras me arrastro en cuatro patas como cualquier tortuga gigante, que a los galápagos les llevó decenas de años, quizá siglos, abrir esta pequeña hendidura en la piedra. Las puedo imaginar rasguñando durante horas, durante días enteros, generación tras generación, para concluir el túnel y así ahorrarle a sus descendientes un par de kilómetros en su largo camino mensual desde las playas hacia el agua dulce.

Les tiene que haber costado abrir ese hueco exacto a partir de sus uñas.

Pero lo hicieron.

Lo hicieron soñando con un futuro mejor para sus crías. Y para las crías de sus crías. Jamás vislumbraron la posibilidad de que, un buen día del porvenir, sus escasos descendientes estarían confinados a un chapoteo en charcos marrones en El Chato y que, ese túnel que con tanto esfuerzo habían logrado terminar para ellos, ya no sería un paso necesario hacia el agua dulce, sino, apenas, un recurso más para alegrar la estadía de los turistas malhumorados que arribaban a las islas.

Me vuelvo a subir al taxi.

Molesto con el mundo como casi siempre.

Y le pido al taxista que, en lugar de dejarme en el centro de Puerto Ayora como habíamos convenido, me lleve hasta la puerta de la Estación Científica Darwin.

¿Dónde empieza todo lo que empieza? ¿Cuál es el origen, por ejemplo, de un intempestivo y solitario viaje a las islas de los Galápagos? ¿Cuándo uno comienza a decidir lo que todavía no sabe que decidirá? Esas preguntas, y otras tantas más, todas muy parecidas, son las que me hago sentado en un banco junto a la estatua sentada en el mismo banco de Charles Darwin a poco de ingresar en la estación científica que lleva su nombre.

La estatua sujeta un libro en su mano derecha.

El libro está cerrado.

Da la impresión de que su propietario está próximo a leerlo o acaba justo de hacerlo. Se nota que el artista que ha diseñado la obra prefirió retratarlo en algún instante previo o posterior a la lectura. Se trata de un erudito, de un hombre sabio, eso resulta obvio a partir de la imagen elegida. Sin embargo, creo que hay una sutil toma de posición en el escultor que la realizó: además de leer, el erudito, el hombre sabio, entre libro y libro debe, necesariamente, tomarse algún tiempo para abrir bien los ojos y observar con cuidado la naturaleza de su entorno: a la hora de ponerse a reflexionar acerca de la evolución de las especies que habitan el mundo o acerca del origen de cualquier otro asunto, la lectura es tan